



A pocos días de la fiesta de Navidad, cuando iniciamos el Jubileo, la celebración de este domingo nos lleva de nuevo al pesebre, a dejarnos tocar por lo que vemos y lo que vemos... es una humilde familia formada por Jesús, María y José. Fue lo que contemplaron los pastores, como se nos recuerda en el canto de entrada. Con corazón de pastor, con corazón pobre y humilde, hemos de acercarnos a este misterio que bien se puede decir es precioso fruto del corazón de Dios.

Ejemplo santísimo para las familias cristianas

Que se celebre dentro de la octava de Navidad tiene como finalidad presentar a la familia cristiana un camino a seguir; así se recoge en la oración colecta de este día. El Martirologio Romano la anuncia así: *"Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, ejemplo santísimo para las familias cristianas que invocan la ayuda necesaria"*.

Ejemplo de amor esponsal transparente

María y José son un ejemplo para todos los esposos en la atención que mutuamente se brindan: *"salir del propio yo para ir al encuentro de un tú"*.

En la oración colecta se pide la gracia de *"imitar sus virtudes domésticas y su unión en el amor"*. Lo que les une es un cariño transparente, que no exige nada sino que lo da todo y que *"sufre con"* y *"por"*. Su *"unión en el amor"* se concretiza en saber

llevar juntos el *"yugo"* de la vida cotidiana.

María y José se santifican juntos cumpliendo el propio deber, diferente pero complementario. Lo hacen con confianza y fidelidad y, de este modo, colaboran con el plan de Dios que desea que todos los hombres se salven y llegue al conocimiento de la verdad. Son un ejemplo de apertura a la vida que, en modo alguno *"planifican"* sino que la acogen rodeándolo con el rocío de la gratuidad.

La escucha como fuente de acogida



Los santos esposos no eligen la comodidad; se entregan sin reservas al quehacer que se les pide: ofrecer al Hijo de Dios *"el calor humano de un hogar"*, como así se recoge en el himno de vísperas obra del papa León XIII. Una profunda fe, que se alimenta con una intensa vida de oración, hace posible que la casa de Nazaret sea como *"la fuente de la que manan todas las gracias"*; así se canta en el himno de Laudes obra de la pluma de Anselmo Lentini. De este modo se ofrece al pueblo de Dios un camino de santificación, que les llevará a *"gozar de los premios eternos en el hogar"*

del cielo" cfr. Oración colecta.

La primera "domus ecclesia"

Esta manera de vivir es lo que hace que la familia sea una *"domus ecclesia"*. En ella los niños y los jóvenes, a través de relaciones sencillas pero profundas, aprenden la humildad, el servicio, la oración que marca el discurrir de las horas, la escucha atenta que hace posible la acogida sincera y, como no, son iniciados en el camino sacramental. La familia ha de ser el hogar en el que se enseña el abecedario del amor a la vida, es decir, el amor gratuito de Cristo. En ella, los ancianos tienen su vocación: *"dar testimonio de humanidad y de fe"* como afirmó el papa Francisco en el ángelus del 17 Agosto de 2022.

¿Qué nos recuerda Nazaret?

1º El vientre materno, el vientre virginal de María, el beso del cielo.

2º El lugar donde el Verbo se hizo carne en el silencio de la noche, en un *"aire"* de discreción y misterio.

3º La escuela de la sencillez y la humildad.

4º Donde se nos enseña a convivir en familia, en comunidad; crecer como personas, madurar en las relaciones, progresar en la gracia y en el conocimiento de las realidades humanas, desde el punto de vista de quien lo ha visto todo de manera trascendente.





Un salmo para rumiar

Sal 127, 1-2. 3. 4.-5

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,

serás dichoso, te irá bien.

**Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;**

**tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa.**

**Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.**

**Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida.**

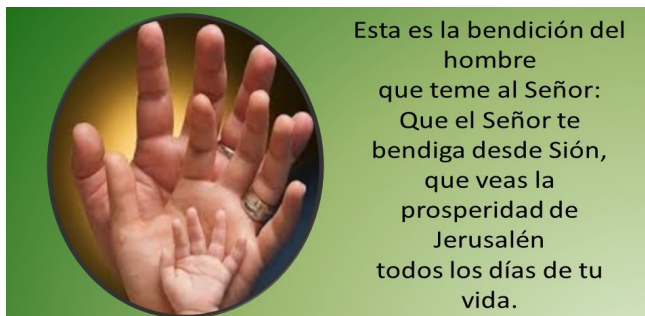
El salmo 127 se inicia con una bienaventuranza:
"Bienaventurado el hombre que teme al Señor".

Teodoreto de Ciro -obispo que fue de esta ciudad de Antioquía, en el Asia Menor, en el s. V- comentando este salmo afirmará:

"La bendita palabra de Dios considera al hombre «bienaventurado» no por ser descendiente de Abraham, o pertenecer al pueblo de Israel, sino porque adorna su piedad con el temor de Dios", y el temor del Señor no es miedo, sino "*sentimiento de misterio*" con el que el corazón humano se abre a Dios en alabanza.

Esta sensación, implica un amor respetuoso y reverente hacia él (cf. Dt 10, 12-13; Pr 1,7). La siguiente frase, "*que anda sigue sus caminos*", repre-

senta a quien afronta el diario vivir con paciencia y tenacidad buscando la voluntad de Dios. Los "*caminos*", de hecho, son simbólicamente la voluntad divina, como sugieren otros salmos o el libro de Proverbios (Pr 8,32). Llevan a la vida (Sal 16,11) y el hombre debe caminar por ellos con humildad, dejándose acompañar por Dios mismo. Quien así anda, experimenta en el fondo de su corazón una serenidad y una alegría de origen divino. ¡Es bendecido!.



Quien experimenta la bendición de Dios en sus relaciones personales debe sentirse comprometido a ampliarla y donarla a la ciudad y a todo el pueblo. La dimensión social es una parte integral de la vida de una persona, y no es posible experimentar la dicha prometido por Dios de manera exclusivamente privada.

La bienaventuranza, la felicidad, consiste, precisamente, en la capacidad de acoger, saborear, mantener la bendición de Dios en la vida.

Este salmo pertenece a esa pequeña y preciosa colección de los "*Cantos de las subidas*". Fueron escritos para acompañar la subida de los peregrinos a Jerusalén y al templo, por tanto, al encuentro con el Señor. Ahora, también pueden acompañar nuestra búsqueda de Dios en los pliegues cotidianos de nuestra existencia.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO DE LA SAGRADA FAMILIA" "C"

Jubileo 2025



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas... Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.